



HONOR Y DEBER. EN MEMORIA DE JUAN ANTONIO SAMARANCH

Artículo publicado en el diario *La Vanguardia* el 22 de abril de 2010

Hay biografías que se extienden como un inmenso abrazo a la vida. Nadie elige su época ni sus circunstancias, y en estos tiempos de la queja constante y del victimismo rampante, debo reconocer que cada vez admiro más a los españoles de la reconciliación, que ante todo y pese a todo supieron siempre encontrar el modo de servir a su país y de abrazar la vida tal y como era. Españoles que supieron evitar que España quedara inmóvil y alejada irremediabilmente de su entorno, y que hallaron la manera de mantener vivo el pulso de la sociedad civil de la que se sentían parte. Aun hoy, algunos continúan sin entender lo afortunados que hemos sido por poder contar con esos españoles admirables.

Juan Antonio Samaranch es uno de esos españoles de la reconciliación; siempre, en cualquier circunstancia, sintió como una obligación contribuir a hacer una España mejor, más abierta y más europea, y nunca vio una disculpa para perder un minuto allí donde otros vieron coartadas para justificar vidas completas de resentimiento y vacío. Abrazó la vida tal y como era y la vida le correspondió con su abrazo.

Samaranch fue el alma que hizo posible que en el verano de 1992 Barcelona se convirtiera en el corazón de España. Comprendió que los Juegos de Barcelona constituían una oportunidad única de impulsar la modernización de España y de probar que, juntos, los españoles podemos hacer grandes cosas. Al concluir su discurso en la ceremonia de apertura, Samaranch invitó a Su Majestad el Rey a declarar abiertos los Juegos. En ese momento un inmenso aplauso interrumpió sus palabras para honrar al Rey, y Juan Antonio esbozó una irreprimible sonrisa de satisfacción. Creo que entonces supo que los Juegos que él inauguraba

“como un barcelonés más” ya habían sido un éxito histórico para España, su país.

Hace apenas unos meses, nos conmovió a todos con su alegato a favor de la candidatura olímpica de Madrid. Afirmó saber que se encontraba muy cerca del final de sus días y solicitó para su país, una vez más, “el honor y el deber” de organizar unos Juegos. Creo que esas dos palabras, “honor” y “deber”, definen muy bien su trayectoria, y creo también que expresan el profundo sentido que para él tenía el deporte como instrumento de regeneración social, de concordia y de progreso, en España y en todo el mundo.

Yo he tenido la fortuna de contar con su amistad y con su consejo, en su condición de miembro del Consejo Asesor del Institut Catalunya Futur, de la Fundación FAES.

Su fallecimiento ha cubierto España de luto porque ha muerto un hombre bueno y querido, un gran español -por gran catalán- y un gran catalán -por gran español-. Él, como casi todos, tampoco pudo ni quiso disociar esas dos condiciones. Las vivió plenamente y las vivió hasta el final.

Descanse en paz.